

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

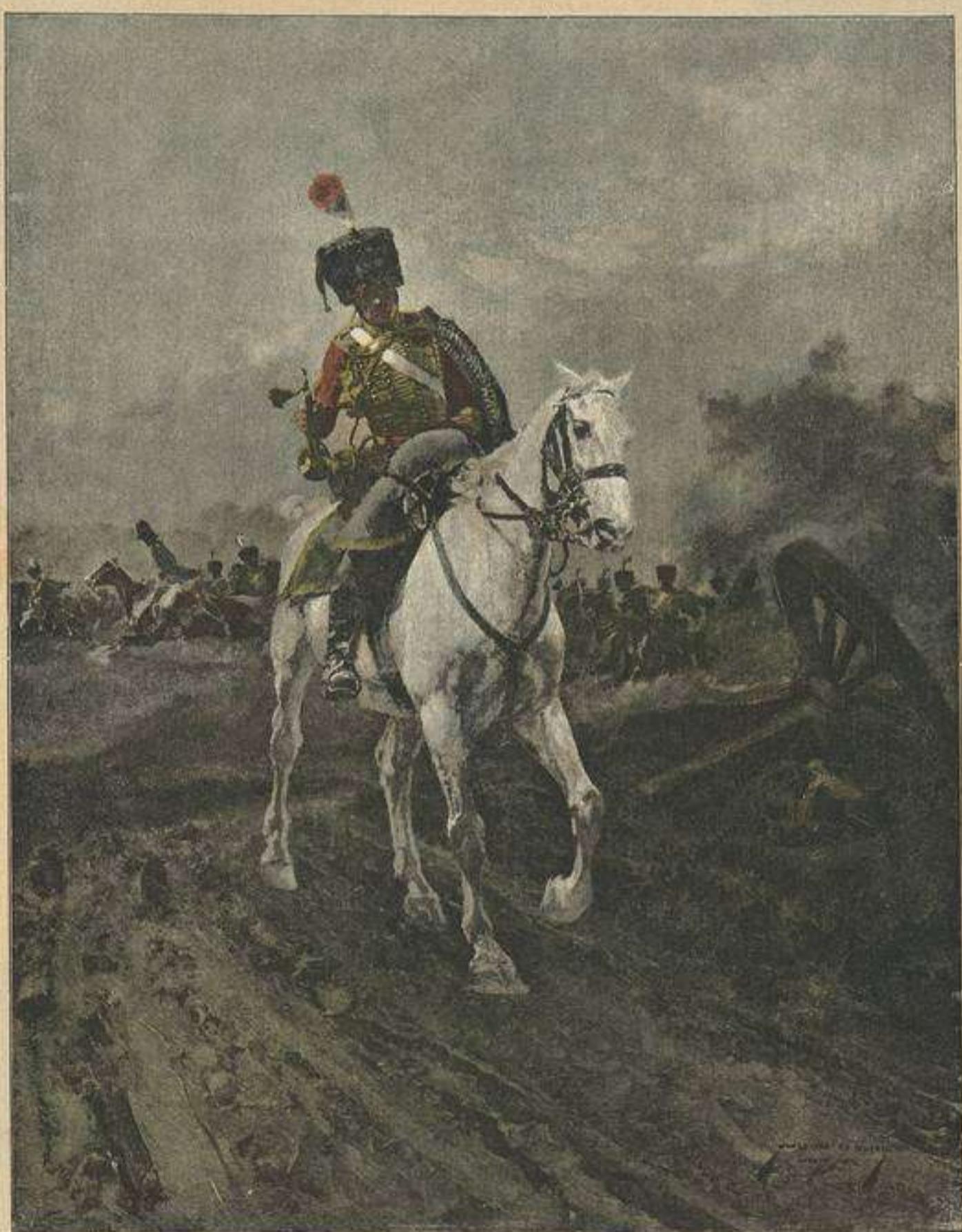
DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.
SUPLEMENTO ILUSTRADO
DIRECTOR ARTÍSTICO: DON JOSÉ GARTNER DE LA PEÑA

AÑO II-Nº 35

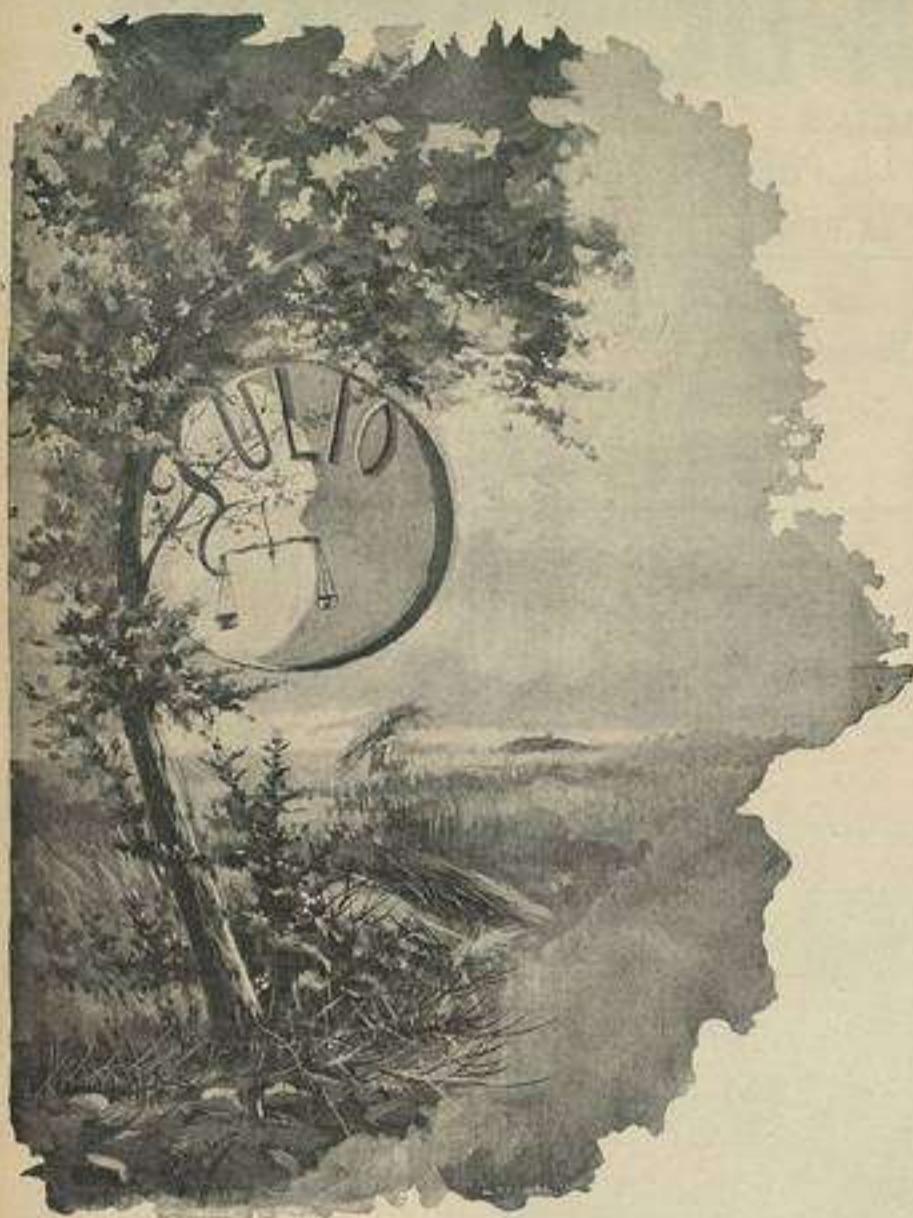
Madrid Julio de 1895

OFICINAS- FACTOR, 7.

MARCELINO DE UNCETA



FIN DE LA JORNADA.



LA ELEGÍA DEL SACRISTÁN

A tres kilómetros de la ciudad, enclavado en un hermoso valle y fumado por las aguas del Guadalquivir, alzaba no ha mucho un humilde monasterio de monjas descalzas, fundado en tiempos de gran piedad por un ilustre caballero leonés. Los años, que todo lo destruyen, y los hombres, que todo lo abandonan, han sido causa de la total ruina de aquél convento secular; pero de entre el montón de sillares, cubiertos de musgo y exornados con grandes matas de ortigas, jaramagos y círculos, atmósfera podrido evocar, lector bueno, una triste historia, que te he de referir minuciosamente si me estás atento unos instantes.

Es, pues, el caso que cuando aquél convento se sostiene aún en pie, ya sea las posteriores de su existencia, era manzana de diez o doce monjas, que casi puede decirse vivían de miseria, sin rentas, ni limosnas, ni nada. La muerte, que era magnífica, subvivía al hambre de las religiosas, las cuales, haciendo de la necesidad virtud, ofrecían a Dios aquéllas abstinencias no señaladas en el dogma de la orden, y pasaban muy contentas la vida cantando los salmos, rezando rosas, bordando vestiduras para los ángeles del altar, y haciendo fiestas y otras mil mercedes con que empleaban sencillamente el tiempo.

Perdóname la buena memoria de aquellas plañideras madres, y perdóname también la del venerable capellán que las apoyabat, varón perfecto, docto y virtuosísimo; pero mi conciencia me obliga a decir que lo mejor que había en el convento era el sacristán; con lo cual queda sentado que el tal sacristán era cosa grande y peregrina, ya que las mejores y los sacerdotes eran excelentes sobre todo ponderación y encanto.

Era sacristán aquél, dice y mata de todos los sacristanes del mundo, era frugal como un asceta, pío, laborioso, caritativo y austor; él hacia todos los menesteres propios de su oficio y los recados que le encargaban los señores, y trabajaba en la herrería y en los campos inmediatos, sacristándoles de legumbres y patatas y todo esto sin percibir salario alguno, como no se tomase por tal aquél camarrón que en el convento le servía de morada. Levantábase con los pájaros, y no cesaba de moverse hasta la noche; limpaba la iglesia, ayudaba a misa, tallaba las campanas, rezaba el rosario, cavaba, daba vueltas a la rueda de la noria y aun tenía tiempo para leer a la mayor en capítulo del Kempis ó del Fins Sanctorum del dominicano Rivadeneira.

Porque el sacristán estaba casado, y vivía honestamente con su mujer, cumpliendo el consejo del apóstol: *Ut et qui habent uxores, faciunt non ambuletur nisi*. La mujer tenía cincuenta años, dos más que el marido, y le amaba con entrañable amor, correspondiendo justamente al cariño que el sacristán la profesaba. Ella era hacedora como una abeja, limpia como los amores de la nieve, esmerada como Ruth, tierna como Judith, piadosa como Esther. Apenas hablaba con el sacristán, porque él era sordo, sordo como una tapa; pero eran tan expresivos los rasgos fisiognómicos de ambos, que sordido y mujer se entendían gustosamente sin necesidad de decir una palabra.

Aquel humilde sacristán, aquella especie de lebre del convento, gozaba diariamente de un placer exquisito, a él solo reservado por Dios, sin duda en justo contrapiso a los trabajos que le agobiaban. Era un placer inocente e infantil: tocar las campanas. Dejárate al sacristán taller a su gusto la Clave, la Fracisa y el Espárrago, y ya podían verlo sobre el piano, enternecidas y angorudas. Y en verdad que el hombre sabía conjugar aquellos tres sonidos con tan rara habilidad y maestría, que causaba el encono de las gentes. Cuando subía a la torre y comenzaba a mover sus campanas, oívalas desde el mundo, y de la mujer, y del convento, y de las monjas, y subiendo en sus repiques, dices, trios, clamores y contrapuntos, dejaba pasar suavemente el tiempo hasta que la espuma le decía por señas:

—Basta, hombre, que molestan a las señoras!

Y entonces el sacristán, moviendo las cuerdas con febril entusiasmo, producía una cadencia súngular, seca y brillantísima, y bajando luego los palpitantes secundones el sudor de la frente con segura de artista satisfecho.

Los entusiastas iban generalmente a paseo por aquel lugar a hora de las vespertas. El campanero, pensando que el oían los señores, tocaba con más prisas y altidamiento, y hacia con los sobres más audaces mil combinaciones y cambios, mil retropases y pendientes, verdaderos trepidos, labores de cruceña, que a los chicos nos gustaban soberanamente. Parecía un sibilo, agitando frenéticamente manos y pies para producir aquellos efectos admirables que él solo sabía sacar del frenesí su artista transfigurado en el momento de la inspiración.

Los ecologales nos detenemos delante de la

EN LA TARDE

Cuando en la tarde que muere,
con las manos entrelazadas
nos contamos nuestros sueños
junto a la alegría venida;
cuando veis que mis papillas
con temeridad se clavan
en los anchos horizontes,
vistidos por nubes vagas,
sabéis por qué distraída
no escuché vuestras palabras,
que mi oínta violencia
del mar de vuestra esperanza?
Porque los suaves misterios
que entre penumbras avanzan,
y del dia moribundo
las posturas llenan;
que tifan el cielo hermoso
con sus tinajas apagadas,
me hacen pensar con tristeza
que así anochecer en el alma;
[Ah!] La esperanza que muere;
la ventura que se acaba,
y el desengaño eleva
que agita sus negras alas,
tormenta el rugido constante
de un crepido que lanza
de la le con los fulgores,
las sombras de la desgracia.

Cuando en mi triste silencio
y en mi reflexiva calma
me asprenden los dolientes
sonidos de la campana,
que a la oración bendecida
y al reconocimiento llaman;
cuando en el espacio flotan
melancólicas baladas,
que para el alma que siente
parecen tiernas plegarias,
pablia por qué mis suspiros
de mi corazón se escapan?
[Ay!] porque los muertos más
creo que amantes me llaman,
al verme huértema y sola,
de todos abandonada!
Porque presento que nunca
veré el cielo de mi patria,
ni jam de soltar sus brisas
en mi tumba militar!
Porque mi vida recuerda,
siempre triste, siempre amarga,
y porque temo que sea,
como el de ayer, el mañana!..

Al declinar de la tarde
y al sonar sus campanadas
que a la oración bendecida
y al reconocimiento llaman,
pensad, pensad que anochecer,
como en el cielo, en el alma;
y si realis por los muertos...
rosad por mis esperanzas!

SOFÍA CASANOVA.

SIMPLIFICACIÓN EN LOS MEDIOS

Si considero interesante el cultivo de la memoria imaginativa para el verdadero artista, domando que en los comienzos de sus estudios asumen su instinto natural y la ciencia de la profesión, también considero que en esta que se la enseña (pues ciencia es el conocimiento exacto de las leyes de la naturaleza), no están en modo acordes los medios que se emplean con el fin a que se aspira.

Un exceso de perfección mecánica se las apoderó de nuestra época, penetrando por todas partes, infiltrándose inconscientemente en nosotros mismos hasta el punto que no sólo puede decirse que es la marca ó trazo que nos caracteriza, sino que, invadiéndonos todo, casi ha transformado en ella misma el ideal y concepto artístico de la presente generación.

Como es posible, pues, con este medio ambiente, en el cual el arte se produce, que no participa de su influencia y que esta se hace sentir, convirtiéndolo en sus escuelas y sistemas de enseñanza?

Sólo la sociabilidad es el único remedio que se puede oponer contra tan falso sistema, porque el arte, por lo que la experiencia me enseña, vive que existe y se desarrolla en razón, inversa de la perfección mecánica.

Mas no se ocurría ahora la sociabilidad, una de las condiciones que se refieren a la estética ó esencia de la obra de arte, con la simplificación de medios para producir. Hay en esto, como hasta en lo mas escondido de los misterios que nos rodean, una cierta afinidad entre el cuerpo y el alma y una fraterna cohesión entre la materia y el espíritu; pero, y hablando en sentido más práctico, o del oficio, podemos decir: Que todo procedimiento artístico trae aparejado consigo un arte, correspondiente; que todo arte premioso, minucioso y complicado es más falso que moral, y, por lo tanto, es todo lo contrario al verdadero arte, que se produce con sencillez de medios.

Como no cabe en un artículo hablar de todo en procedimiento, concentraré mi tarea a una sola parte de él, a algo sobre el dibujo y de algún utensilio de éste.

El dibujo, que empezó a generalizarse en el siglo XVII (1), y aun por ciertos dibujos vemos que algunos lo usaron en el XVI, no llegó a su

(1) Joseph Martínez, amigo de Velázquez, dice: «Cada vez que veía una muestra ostentosa, que también es perdiendo tiempo y se conoce su modo catedral. Hay otro modo que es mejor, díctalo de los maestros, que es asegurarse más bien de los resultados, etc.

ALVARO L. NUÑEZ.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES



E. OLIVA.—La boda interrumpida.

apogeo entre nosotros sino aportado de Francia a principios del siglo, después de David e Ingres, y se convierte en testimonio en España, especialmente en cuanto aparece la fotografía.

Digo en España, porque por las condiciones de nuestra luz y nuestro temperamento traducimos el claro oscuro por color, nos enamoramos de la corporeidad y calidades de los objetos, y buscamos en la ejecución el remedio sólo de la cortesa exterior de las cosas, disimulando el verdadero dibujo, para la proporción, la belleza, el carácter y la justicia del perfil no aparecen casi nunca. Afortunadamente la actividad intelectual del artista extiende por igual y con perfección una tinta, similar luego con igual primer movimiento pasa declarando vello, sombras, etc., y remedando en su todo a la fotografía, pierde su tiempo preciosamente dirigiendo la perfección mecánica y descuidando en su mismo cuadro tiene de importante éencial el arte.

Este arte mecánico no deja de ser seductor (por eso abunda), y si un dibujo de éstos, hecho por uno de los alumnos más avanzados de la clase del natural, pudiera verlo Velázquez ó los grandes maestros prerrafaelistas, a primer golpe de vista se asombarían de lo mucho que hemos aprendido y patentizado una técnica, una escuela y un método del que apenas nos podemos formar una idea.

La inmensa colección de vasos pintados que poseemos en los museos, y que representan para aquella gran civilización lo que para la nuestra las viñetas ó dibujos de periódicos baratos, son ejemplo de una educación como la que propongo y patentizan una técnica, una escuela y un método del que apenas nos podemos formar una idea.

La silueta ó perfil, suprimiendo el exagerado exceso, no excluye si el movimiento, como se ve en los vasos etruscos; ni las figuras son rígidas, duras, ni en exclusivo ó mecanico perfil, como puede parecerle al que no lo someta a experiencia. Cuando una silueta se explica ó se logra, no importa qué movimiento tenga, la figura

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES



J. CARDONA.—A la caza.

ingre... nosotros mismos nos podríamos convencer también haciendo un calco a perfil de ese dibujo, y veríamos lo pernicioso de un arte mecánico que toma lo secundario por primordial.

Que esta manera de proceder viene se extiende y repercute al pintar, no hay para qué decirlo; se busca sólo el vigor de una tinta, el modelado, calidades y ejecución, y entre la tradición por una parte, y por la otra nuestro temperamento, empleamos los grandes brechazos para esconder nuestras deficiencias. De este modo se demuestra que el exceso de perfección mecánica hace que en pintura no aparezcan más que al trozo; y en dibujo, en vez de esbozar la marcha a su fuerza determinada, ésta viene a ser límite causal de la marcha agradable y desechándose el estudio de perfiles ó siluetas, no se toma el gusto para la composición.

Análoga enfermedad padece la escultura: también abunda en la imitación a la corteza, y la vienen así como de molde: las esculturas de Rodin al mal escultor vecino a la escuela de Émile.

Deseé muchacho me pareció improcedente que los escultores dibujaran por igual procedimiento que nosotros; y luego que mis inquietudes se convirtieron en convicciones, estudiando el sistema escolar griego, veo que me sobra la razón; y para nadie habrá tanto el distinción como para estos.

¿Para qué necesitan de la tercera medida? ¿Es que por altura y anchura no puede medir todo el esquema?

Fué la pintura hija de la escultura, y, por lo tanto, de ésta se importaron sus procedimientos para la otra en la civilización helénica; y como se puede ir comprendiendo ya, no tienen tan nocios como cuando se invierte la operación, a partir del Renacimiento hasta nuestros días, educando la escultura entre moldes exclusivos sólo a la platería.

Tengo hablar de Grecia, como Don Quijote no osaba describir a los diques las perfecciones de su Dulcinea; todo se ha dicho ya; todo se sabe, y... sin embargo, se ignora aún mecanismo más. No conocemos el procedimiento de su escritura? ¿Cuál sería si el de su dibujo? ¿Por qué rechazar el ejercicio? Porque su educación escolar reduce todo al simple perfile. De las tres proporciones que tiene un cuerpo, geométricamente considerado, no cultivaron más que dos: al ancho y a la altura; la profundidad fue medida por anchura, cambiando el punto de vista del escultor, pues, ya lo he dicho, la escultura fue la madre y la escuela. Sus bajas relieves atestiguan más alteraciones, y la excesión del exceso avisa su modo de dibujar.

¿Será mucho suponer que no dibujaran más que siluetas?

Imaginé por un momento una clase en apariencia muy nueva; supondré un teatro a may-

ra es útil y tal vez bella, pues es verdad, y clara ó fácil. Cuando por allí la mano se confunde con una pata, la cabeza no sabe hacia qué lado está vestida, ni el cuerpo indica claramente su verdadera posición, es verdad también; pero hace falta para sacarla de su casa, mucha ciencia y mucho artificio; y todo lo que a primera vista no es legible, corre riesgo de no serlo tampoco luego.

Simplificación y sobriedad de medios es todo el secreto de mejorar el arte. Suprimir el dibujo, un lápiz y un papel bastan para afianzar contornos y formas seguras. Cuando se sabe mucho más, y las numerosas y variadas no pueden ser peligrosos, cambian el papel blanco por uno de media tintura, y con dos lápices, uno blanco y otro negro, con poco trabajo mecánico y mucho intelectual (que es siempre mi idea) se encontrará todo el resultado artístico que se desea; pero este trabajo ya es del dominio exclusivo del pintor.

En cuanto al carboncillo, que sólo debe servir para primos tantos, elevado hoy a un arte, con sus algodones y demás mecanismos, creo que no necesitan decir nada para que se saque todo dato considerarlo de excesivo.

Para concluir, voy a comentar una palabra muy usual entre las gentes del oficio en Francia: A todo manejando en pintura lo llaman croquis, que, traducido en el sentido que lo usa, quiere decir «meñragos»; pero gramaticalmente significa «croquis». Para que una palabra se generalice y se impone, aunque luego se corrompa en sentido, ni debe ser tonta ni tonta el que la inventó. Vendrá tal vez de algún maestro, y se robará a la exterioridad aparente de las cosas y no a la profundidad del arte. Allá el que pueda averiguarlo.

EMILIO SALA.

París, 1888.



CHAES.—Estudio al agua fuerte.

A UNA HUÉRFANA

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!
QUINTANA.

Conque también tú lloras
y miras como carga maldecida
pobre niña, mis horas!
Ya en la dulce madina de tu vida
sin encanto amanece las auroras.

Ya te produce enojos
el mundo en la niña; ya ensangrentan
tu mano los abrojos...

Ya los rudos pesares empalan
el cristal transparente de tus ojos.

Ya quemar tu mejilla
esas gotas de hiel que vierte el alma
cuando al dolor se humilla,
como las hojas de la verde palma
a los rayos de un sol que ardiente brilla.

Jacinta has la estrella,
milla mella, que presidió tu canal
Varias más que en el año
encontrarás dichosa la fortuna
de morir antes de crecer tan bella.

La célebre hermosura
que por tu mal te ha concedido el cielo,
será en la tierra impura
la causa de tu amargo desconsuelo...
la fuente de tu triste desventura.

AURELIO AGUIRRE GALARRAGA.



Le llamaban Cambaruca por su mala traza—negrota, tosco, largo de piernas y brazos—y, hasta por su manera de vanquedar, de costada, como los cambaros.

Aun podía haberse agotado el simbolismo, porque siempre se lo encontraba en la botica, como a los cangrejos del Cantábrico, que llaman ermitaños, en su concava.

Solo se acaba de cuando en cuando un brazo para alargar una roca empinada o una pataza para castigar a alguna granujilla que iba por gana a tocar el tambor en los cristales de la puerta.

Pertenecía la botica al licenciado D. Pedro Llanes, y Cambaruca le servía de manocho. Pedro Llanes apenas si parecía por la farmacia, como la llamaba pomposamente entre sus amigos, su paseo matinal por la carretera y jugar unas partidas, en el cine, con el alcalde, al mediodía y el juez de paz, se lo visitaban al buen Llanes sus días.

Pero Cambaruca, siempre al yunque, mejor dicho, al morrión, a sus latires y a sus impulsos.

La botica de nuestro cuento era lo menos botica que puede imaginarse—quiero decir por su extensión y por su aspecto—. Constaba de dos pisos: el despacho, que era maravillismo, donde se almacena el botanico, y la rebotica—laboratorio, almacén y alacena del manocho, todo junto—, y para usted de contar. No era muy claro, que digamos, lo que llamaba D. Pedro el despacho. Le daba las una pequeña ventana en doble, a guisa de escaparate, se exhibían algunos especímenes, sin que faltase su fama de caparros; todo protegido por una lama. Y... ¡ja poeta! A la calle no la había dada a un lado de irregular y oscura portada.

Cambaruca debía ser feliz, en tiempos atrá.

Solo en la botica, sin más que las largas alternativas del entra y sale, ofreciéndole en ella un sitio donde gozar del reposo que anhelaba todos los, como él, dotados de mucha vida interior. Aunque nada versado en ciencias—era lo que se llama un espíritu—, tenía él bastante con las mil peripecias de sus operaciones, y entre porfiar, filtrar, evadir... se lo iban las horas, sin que echase en menor compañía humana. Si le preguntan, cuantas caras bonitas entraban en el despacho, le hubieran sorprendido. Se podía jurar que nunca paró ni siquiera en los que pasaban al frente.

Había, pues, mucha curiosidad encerrada, mucha ansia de ver y de sentir, hasta entonces invisible en su vida por él. No hay otra explicación de lo que pasó.

Pues... pasó un día—no llegara nubla—que se lo puso entrete su perdición: una moza, llamada por mal nombre la Roscera, que logró distraerle de su leymanspa, porque le tocó, quizás, o lo vió, diciéndole con sorna:

—¡Cambaruca!... Pareces un alma en pena—que triste cosa, hombre... Brena una cosa buena por verte en el barrio y que sacas un cantar.

Cambaruca no contestó. Concluyó de arrollar el naipe donde, como en un barguillo, había puesto un gramo de corato, y... miró... Si vió o no la cara risueña y sana de la Roscera, sus ojos melancólicos, su seno abultado y recto, la redonda cadera de mujer montañesa... difícil sería de afirmar.

No contestó, pero el domingo se dió el caso singular de que Cambaruca fué al baile. No bailó ni cantó. En un rincón, contra una arcada de la plaza, se estuvo, bajo una chaparrada de barbas, siguiendo, con los ojos, a una mujer que bullecia con otras al son de unas sonajas. No perdió de vista a la Roscera.

Al retirarse a su chiringuito murmuraba:

—Esta mujer es el diablo... Me va a sacar de mis casillas.

La Roscera obró mal; pero... ¡al fin mujer! Había rechazado a Cambaruca, que le confesó su pasión andando el tiempo y dado largas a las burlas. La Roscera no podía querer a Cambaruca, y... se reía de él.

—Me vengaré—rugía este, revolviendo en su cerebro los trastos de su arte.

Horas y horas pasaba, a veces, cuando desaparecía, allá dentro, en la sombra: el zumbido de una mosca, el reo de un ratón, el tapetillo esmerilado del éter sulfúrico despedido por los gases... cualquier cosa, lo desperataba tembloroso de sus diálogos interiores... ¡Mala cosa rodaba por aquella cabeca!

No debía andar muy bien de ella. Los deseos de la Roscera habían abierto en su alma una brecha por donde se le iba la vida, sintiendo dentro como un vacío. Sus ideas, talmente, se las llevaba adheridas, como timaderas de acero un imán, el recuerdo de aquella mujer. Siempre la tenía delante, en su imaginación, como era: con su pezón hermoso, con sus formas macizas, con sus labios rojos llenos de frescor; y de risas, ya ladinas, jadeando, ondulando, alegremente, o ya bajo el puente, a la orilla del río, regados hasta el hombro los brazos nevados.

La Roscera obró mal; pero... ¡al fin mujer!

Había rechazado a Cambaruca, que le confesó su pasión andando el tiempo y dado largas a las burlas. La Roscera no podía querer a Cambaruca, y... se reía de él.

—Me vengaré—rugía este, revolviendo en su cerebro los trastos de su arte.

Horas y horas pasaba, a veces, cuando desaparecía, allá dentro, en la sombra: el zumbido de una mosca, el reo de un ratón, el tapetillo esmerilado del éter sulfúrico despedido por los gases... cualquier cosa, lo desperataba tembloroso de sus diálogos interiores... ¡Mala cosa rodaba por aquella cabeca!

No debía andar muy bien de ella. Los deseos de la Roscera habían abierto en su alma una brecha por donde se le iba la vida, sintiendo dentro como un vacío. Sus ideas, talmente, se las llevaba adheridas, como timaderas de acero un imán, el recuerdo de aquella mujer. Siempre la tenía delante, en su imaginación, como era: con su pezón hermoso, con sus formas macizas, con sus labios rojos llenos de frescor; y de risas, ya ladinas, jadeando, ondulando, alegremente, o ya bajo el puente, a la orilla del río, regados hasta el hombro los brazos nevados.

La Roscera obró mal; pero... ¡al fin mujer!

Había rechazado a Cambaruca, que le confesó su pasión andando el tiempo y dado largas a las burlas. La Roscera no podía querer a Cambaruca, y... se reía de él.

—Me vengaré—rugía este, revolviendo en su cerebro los trastos de su arte.

Horas y horas pasaba, a veces, cuando desaparecía, allá dentro, en la sombra: el zumbido de una mosca, el reo de un ratón, el tapetillo esmerilado del éter sulfúrico despedido por los gases... cualquier cosa, lo desperataba tembloroso de sus diálogos interiores... ¡Mala cosa rodaba por aquella cabeca!

No debía andar muy bien de ella. Los deseos de la Roscera habían abierto en su alma una brecha por donde se le iba la vida, sintiendo dentro como un vacío. Sus ideas, talmente, se las llevaba adheridas, como timaderas de acero un imán, el recuerdo de aquella mujer. Siempre la tenía delante, en su imaginación, como era: con su pezón hermoso, con sus formas macizas, con sus labios rojos llenos de frescor; y de risas, ya ladinas, jadeando, ondulando, alegremente, o ya bajo el puente, a la orilla del río, regados hasta el hombro los brazos nevados.

La Roscera obró mal; pero... ¡al fin mujer!

Había rechazado a Cambaruca, que le confesó su pasión andando el tiempo y dado largas a las burlas. La Roscera no podía querer a Cambaruca, y... se reía de él.

—Me vengaré—rugía este, revolviendo en su cerebro los trastos de su arte.

Horas y horas pasaba, a veces, cuando desaparecía, allá dentro, en la sombra: el zumbido de una mosca, el reo de un ratón, el tapetillo esmerilado del éter sulfúrico despedido por los gases... cualquier cosa, lo desperataba tembloroso de sus diálogos interiores... ¡Mala cosa rodaba por aquella cabeca!

No debía andar muy bien de ella. Los deseos de la Roscera habían abierto en su alma una brecha por donde se le iba la vida, sintiendo dentro como un vacío. Sus ideas, talmente, se las llevaba adheridas, como timaderas de acero un imán, el recuerdo de aquella mujer. Siempre la tenía delante, en su imaginación, como era: con su pezón hermoso, con sus formas macizas, con sus labios rojos llenos de frescor; y de risas, ya ladinas, jadeando, ondulando, alegremente, o ya bajo el puente, a la orilla del río, regados hasta el hombro los brazos nevados.

La Roscera obró mal; pero... ¡al fin mujer!

Había rechazado a Cambaruca, que le confesó su pasión andando el tiempo y dado largas a las burlas. La Roscera no podía querer a Cambaruca, y... se reía de él.

—Me vengaré—rugía este, revolviendo en su cerebro los trastos de su arte.

Horas y horas pasaba, a veces, cuando desaparecía, allá dentro, en la sombra: el zumbido de una mosca, el reo de un ratón, el tapetillo esmerilado del éter sulfúrico despedido por los gases... cualquier cosa, lo desperataba tembloroso de sus diálogos interiores... ¡Mala cosa rodaba por aquella cabeca!

No debía andar muy bien de ella. Los deseos de la Roscera habían abierto en su alma una brecha por donde se le iba la vida, sintiendo dentro como un vacío. Sus ideas, talmente, se las llevaba adheridas, como timaderas de acero un imán, el recuerdo de aquella mujer. Siempre la tenía delante, en su imaginación, como era: con su pezón hermoso, con sus formas macizas, con sus labios rojos llenos de frescor; y de risas, ya ladinas, jadeando, ondulando, alegremente, o ya bajo el puente, a la orilla del río, regados hasta el hombro los brazos nevados.

La Roscera obró mal; pero... ¡al fin mujer!

Había rechazado a Cambaruca, que le confesó su pasión andando el tiempo y dado largas a las burlas. La Roscera no podía querer a Cambaruca, y... se reía de él.

—Me vengaré—rugía este, revolviendo en su cerebro los trastos de su arte.

Horas y horas pasaba, a veces, cuando desaparecía, allá dentro, en la sombra: el zumbido de una mosca, el reo de un ratón, el tapetillo esmerilado del éter sulfúrico despedido por los gases... cualquier cosa, lo desperataba tembloroso de sus diálogos interiores... ¡Mala cosa rodaba por aquella cabeca!

No debía andar muy bien de ella. Los deseos de la Roscera habían abierto en su alma una brecha por donde se le iba la vida, sintiendo dentro como un vacío. Sus ideas, talmente, se las llevaba adheridas, como timaderas de acero un imán, el recuerdo de aquella mujer. Siempre la tenía delante, en su imaginación, como era: con su pezón hermoso, con sus formas macizas, con sus labios rojos llenos de frescor; y de risas, ya ladinas, jadeando, ondulando, alegremente, o ya bajo el puente, a la orilla del río, regados hasta el hombro los brazos nevados.

La Roscera obró mal; pero... ¡al fin mujer!

Había rechazado a Cambaruca, que le confesó su pasión andando el tiempo y dado largas a las burlas. La Roscera no podía querer a Cambaruca, y... se reía de él.

—Me vengaré—rugía este, revolviendo en su cerebro los trastos de su arte.

Horas y horas pasaba, a veces, cuando desaparecía, allá dentro, en la sombra: el zumbido de una mosca, el reo de un ratón, el tapetillo esmerilado del éter sulfúrico despedido por los gases... cualquier cosa, lo desperataba tembloroso de sus diálogos interiores... ¡Mala cosa rodaba por aquella cabeca!

No debía andar muy bien de ella. Los deseos de la Roscera habían abierto en su alma una brecha por donde se le iba la vida, sintiendo dentro como un vacío. Sus ideas, talmente, se las llevaba adheridas, como timaderas de acero un imán, el recuerdo de aquella mujer. Siempre la tenía delante, en su imaginación, como era: con su pezón hermoso, con sus formas macizas, con sus labios rojos llenos de frescor; y de risas, ya ladinas, jadeando, ondulando, alegremente, o ya bajo el puente, a la orilla del río, regados hasta el hombro los brazos nevados.

La Roscera obró mal; pero... ¡al fin mujer!

Había rechazado a Cambaruca, que le confesó su pasión andando el tiempo y dado largas a las burlas. La Roscera no podía querer a Cambaruca, y... se reía de él.

—Me vengaré—rugía este, revolviendo en su cerebro los trastos de su arte.

Horas y horas pasaba, a veces, cuando desaparecía, allá dentro, en la sombra: el zumbido de una mosca, el reo de un ratón, el tapetillo esmerilado del éter sulfúrico despedido por los gases... cualquier cosa, lo desperataba tembloroso de sus diálogos interiores... ¡Mala cosa rodaba por aquella cabeca!

No debía andar muy bien de ella. Los deseos de la Roscera habían abierto en su alma una brecha por donde se le iba la vida, sintiendo dentro como un vacío. Sus ideas, talmente, se las llevaba adheridas, como timaderas de acero un imán, el recuerdo de aquella mujer. Siempre la tenía delante, en su imaginación, como era: con su pezón hermoso, con sus formas macizas, con sus labios rojos llenos de frescor; y de risas, ya ladinas, jadeando, ondulando, alegremente, o ya bajo el puente, a la orilla del río, regados hasta el hombro los brazos nevados.

La Roscera obró mal; pero... ¡al fin mujer!

Había rechazado a Cambaruca, que le confesó su pasión andando el tiempo y dado largas a las burlas. La Roscera no podía querer a Cambaruca, y... se reía de él.

—Me vengaré—rugía este, revolviendo en su cerebro los trastos de su arte.

Horas y horas pasaba, a veces, cuando desaparecía, allá dentro, en la sombra: el zumbido de una mosca, el reo de un ratón, el tapetillo esmerilado del éter sulfúrico despedido por los gases... cualquier cosa, lo desperataba tembloroso de sus diálogos interiores... ¡Mala cosa rodaba por aquella cabeca!

No debía andar muy bien de ella. Los deseos de la Roscera habían abierto en su alma una brecha por donde se le iba la vida, sintiendo dentro como un vacío. Sus ideas, talmente, se las llevaba adheridas, como timaderas de acero un imán, el recuerdo de aquella mujer. Siempre la tenía delante, en su imaginación, como era: con su pezón hermoso, con sus formas macizas, con sus labios rojos llenos de frescor; y de risas, ya ladinas, jadeando, ondulando, alegremente, o ya bajo el puente, a la orilla del río, regados hasta el hombro los brazos nevados.

La Roscera obró mal; pero... ¡al fin mujer!

Había rechazado a Cambaruca, que le confesó su pasión andando el tiempo y dado largas a las burlas. La Roscera no podía querer a Cambaruca, y... se reía de él.

—Me vengaré—rugía este, revolviendo en su cerebro los trastos de su arte.

Horas y horas pasaba, a veces, cuando desaparecía, allá dentro, en la sombra: el zumbido de una mosca, el reo de un ratón, el tapetillo esmerilado del éter sulfúrico despedido por los gases... cualquier cosa, lo desperataba tembloroso de sus diálogos interiores... ¡Mala cosa rodaba por aquella cabeca!

No debía andar muy bien de ella. Los deseos de la Roscera habían abierto en su alma una brecha por donde se le iba la vida, sintiendo dentro como un vacío. Sus ideas, talmente, se las llevaba adheridas, como timaderas de acero un imán, el recuerdo de aquella mujer. Siempre la tenía delante, en su imaginación, como era: con su pezón hermoso, con sus formas macizas, con sus labios rojos llenos de frescor; y de risas, ya ladinas, jadeando, ondulando, alegremente, o ya bajo el puente, a la orilla del río, regados hasta el hombro los brazos nevados.

La Roscera obró mal; pero... ¡al fin mujer!

Había rechazado a Cambaruca, que le confesó su pasión andando el tiempo y dado largas a las burlas. La Roscera no podía querer a Cambaruca, y... se reía de él.

—Me vengaré—rugía este, revolviendo en su cerebro los trastos de su arte.

Horas y horas pasaba, a veces, cuando desaparecía, allá dentro, en la sombra: el zumbido de una mosca, el reo de un ratón, el tapetillo esmerilado del éter sulfúrico despedido por los gases... cualquier cosa, lo desperataba tembloroso de sus diálogos interiores... ¡Mala cosa rodaba por aquella cabeca!

No debía andar muy bien de ella. Los deseos de la Roscera habían abierto en su alma una brecha por donde se le iba la vida, sintiendo dentro como un vacío. Sus ideas, talmente, se las llevaba adheridas, como timaderas de acero un imán, el recuerdo de aquella mujer. Siempre la tenía delante, en su imaginación, como era: con su pezón hermoso, con sus formas macizas, con sus labios rojos llenos de frescor; y de risas, ya ladinas, jadeando, ondulando, alegremente, o ya bajo el puente, a la orilla del río, regados hasta el hombro los brazos nevados.

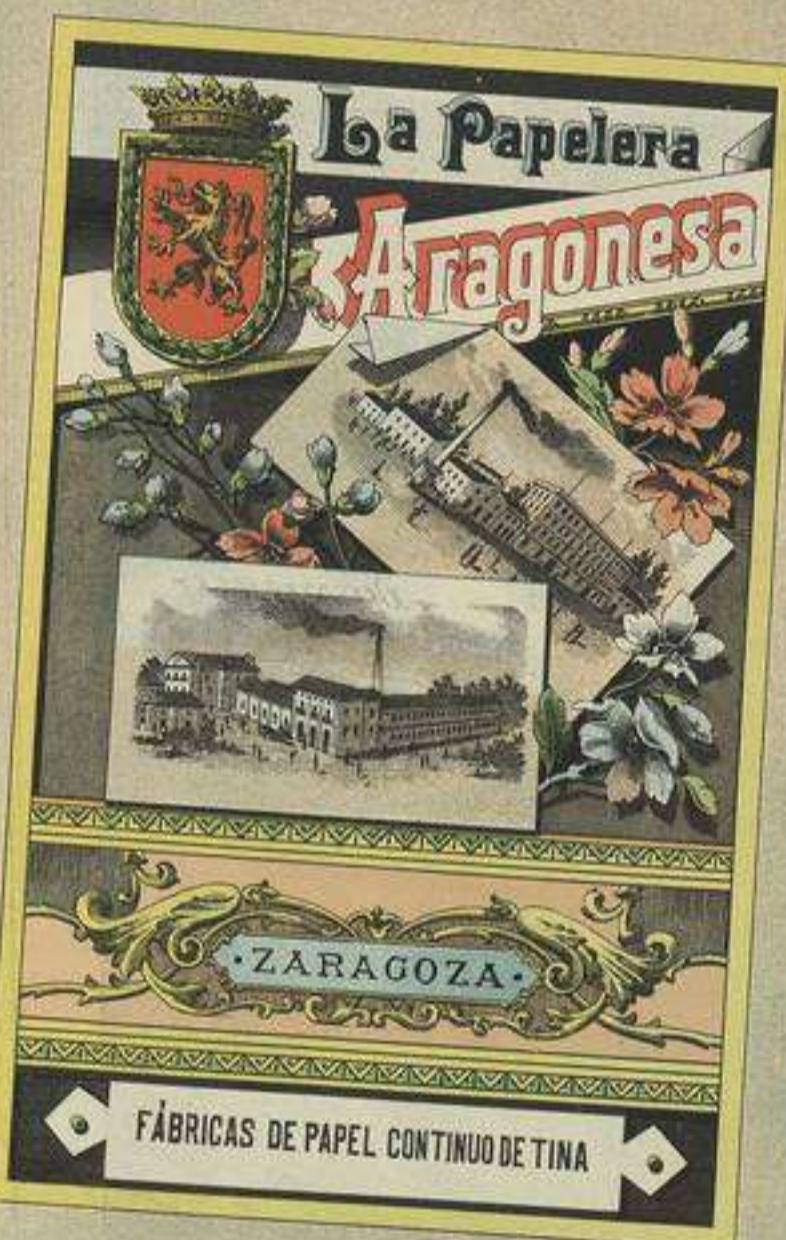
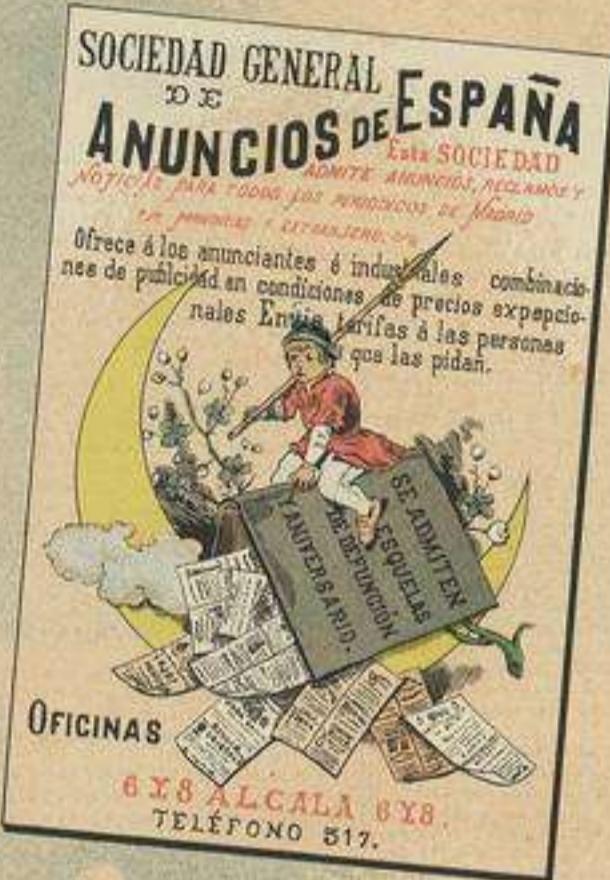
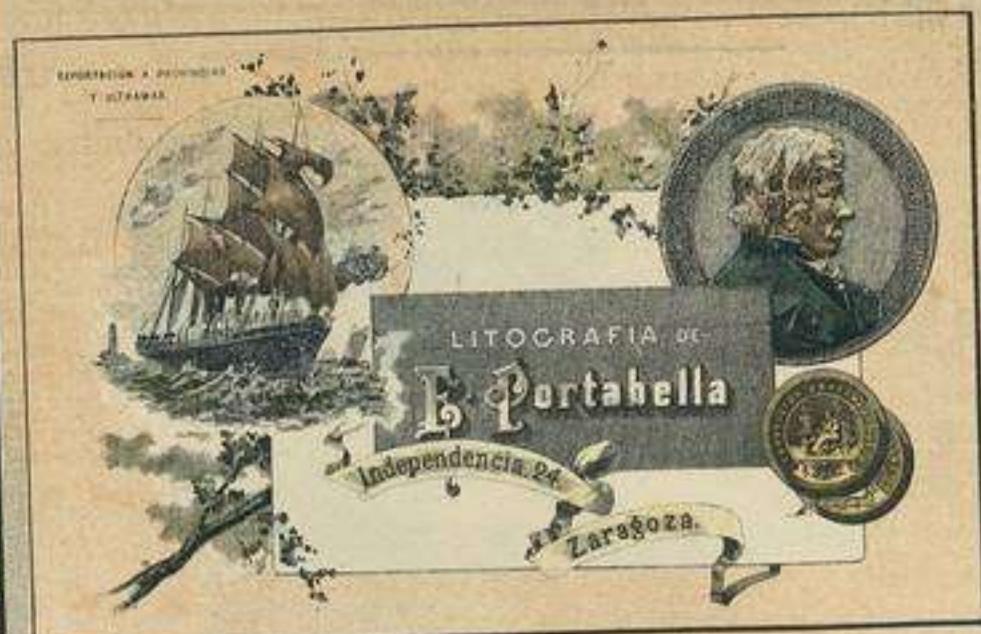
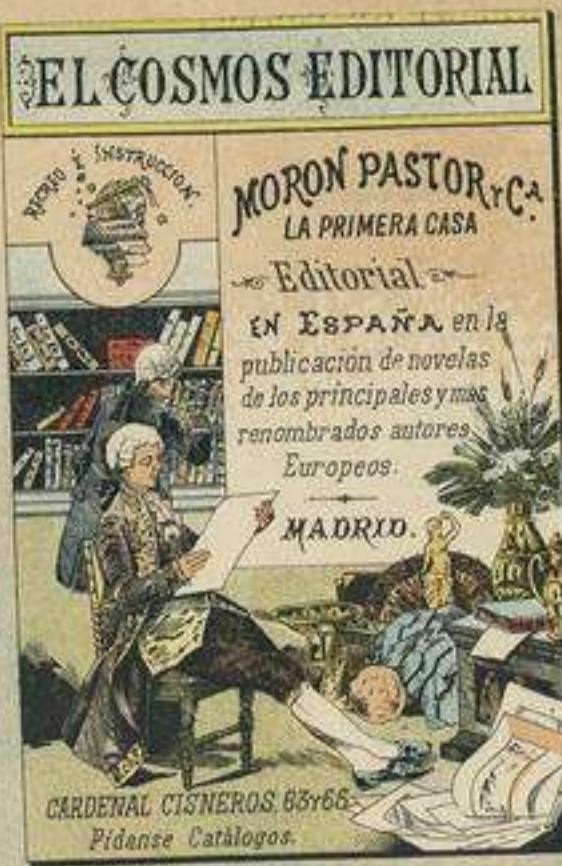
La Roscera obró mal; pero... ¡al fin mujer!

Había rechazado a Cambaruca, que le confesó su pasión andando el tiempo y dado largas a las burlas. La Roscera no podía querer a Cambaruca, y... se reía de él.

—Me vengaré—rugía este, revolviendo en su cerebro los trastos de su arte.

Horas y horas pasaba, a veces, cuando desaparecía, allá dentro, en la sombra: el zumbido de una mosca, el reo de un ratón, el tapetillo esmerilado del éter sulfúrico despedido por los gases... cualquier cosa, lo desperataba tembloroso de sus diálogos interiores... ¡Mala cosa rodaba por aquella cabeca!

No debía andar muy bien de ella. Los deseos de la



Líneas de las Antillas, New-York y Veracruz

Con escalas en Puerto-Rico y Progreso y combinación a puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.—Tres salidas mensuales.—El 10 y 30 de Cádiz, el 20 de Santander.

Línea de Filipinas

Con escalas en Port-Saïd, Adén, Colombo y Singapure; servicio a Iló-Iló y Cebú, y combinaciones a Kuracheo y Bushire (Golfo Pérsico), Zanzíbar y Mozambique (costa oriental de África), Bombay, Calcuta, Sidney, Batavia, Hong-Kong, Shangay, Hiyo y Yokohama.—Salidas cada cuatro semanas de Liverpool, con escalas en Coruña, Vigo, Lisboa (facultativa), Cádiz, Cartagena, Valencia y Barcelona, de donde partirán cada cuatro viernes a partir del 6 de enero de 1896.

Línea de Buenos-Aires

Con escalas en Santa Cruz de Tenerife y Montevideo.—Seis viajes anuales, partiendo de Marsella, con escalas en Barcelona, Málaga y Cádiz.

Línea de Fernando Poo

Con escalas en Las Palmas, puertos de la costa occidental de África y golfo de Guinea.—Cuatro viajes al año partiendo de Marsella y con escalas en Barcelona y Cádiz.

Servicios de África

Línea de Marruecos.—Un viaje mensual de Barcelona a Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.—Servicio de Tánger.—El vapor Joaquín del Piélagos sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando a Cádiz los martes, jueves y sábados.